

## RÉPLICA DE LILIANA BREZZO

Quisiera referirme, en primer término a lo planteado por María Silvia en torno a las simetrías entre la historiografía paraguaya, la historiografía correntina y la de otros espacios rioplatenses, por una parte y, por otra, al tipo de relaciones –de oposición o de complementariedad- que podrían establecerse entre esas historiografías y los discursos históricos provistos desde Buenos Aires desde la segunda mitad del siglo XIX. Conuerdo con la observación que formulara María Silvia puesto que, en los últimos años, en el transcurso de sucesivos encuentros e intercambios académicos entre investigadores dedicados al estudio del movimiento historiográfico en Argentina, Uruguay, Brasil y Paraguay ha sido posible enunciar la hipótesis según la cual desde finales del siglo XIX es posible distinguir, en el espacio del Río de la Plata, una pléyade de historiadores con un discurso histórico con características comunes.

Esta escritura de la memoria colectiva -ya se trate que en sus textos aborden procesos nacionales o supranacionales, como así también la adhesión a similares tradiciones políticas y tendencias intelectuales- habría condicionado, además del establecimiento de vínculos privados -correspondencia, intercambio de bibliografía- la decisión de acometer distintas empresas de erudición histórica como colecciones de libros, compilaciones, revistas, campañas de divulgación histórica en la prensa y concursos de historia. En esa *red intelectual* es posible advertir un discurso histórico lateral, no necesaria ni directamente vinculado con algunas de las tendencias *revisionistas* emergentes en la época -pero sí en oposición al discurso histórico propuesto por la tradición liberal- que proporcionará novedosas visiones sobre procesos del pasado rioplatense no sólo sobre los procesos de la independencia sino además sobre la formación del estado, la construcción cultural de las identidades nacionales, las relaciones entre los procesos de historia provincial y “nacional” y fenómenos como el *artiguismo*, la guerra del Paraguay y la Esclavitud. En el caso de Paraguay, la figura más influyente de esta tendencia será Juan E. O’ Leary (1979-1969) quien, a lo largo de casi todo el siglo XX mantendrá vínculos intelectuales con el historiador correntino Hernán Gómez, el uruguayo Luis A. de Herrera y los argentinos Ernesto Quesada, Manuel Gálvez, Fermín Chávez, entre otros.

La constatación de estas coincidencias historiográficas justifica, según creo, acometer esfuerzos conjuntos para rastrear ese tipo de discursos históricos y, eventualmente, verificar la hipótesis planteada. Para el caso de la historiografía paraguaya, hasta hoy un objeto prácticamente desconocido, no por inexistente, sino, en ocasiones, por ignorado, urge dirigir el interés hacia esa literatura histórica, necesaria para enriquecer y profundizar al conocimiento de la historia del Río de la Plata.

Quisiera referirme también al interrogante planteado por María Silvia sobre en qué medida los procesos de redemocratización y de integración regional han contribuido a cuestionar o desarticular las interpretaciones sobre el pasado paraguayo prevalentes en el siglo XX y si, teniendo en cuenta que la labor historiográfica sigue tan estrechamente vinculada con lo político, las transformaciones políticas de los últimos años han operado una reinterpretación del pasado en función del nuevo escenario. La respuesta que puedo ofrecer es que, según las pruebas disponibles, ha habido avances graduales más no suficientes para superar el asincronismo historiográfico de Paraguay respecto a la mayoría de los países latinoamericanos. Procuraré resumir esta perspectiva. Desde su Centenario, en 1911, hasta mediados del siglo XX, el nacionalismo impregnó toda la explicación sobre el pasado paraguayo y, en particular, la del proceso de la independencia, en sintonía con lo que ocurría en otros espacios rioplatenses; en este sentido podría afirmarse que el Paraguay compartía el llamado “consenso historiográfico” traducido en un meta relato hegemónico que consistía en explicar el pasado y sobre todo el proceso de la independencia desde el convencimiento de que se analizaba la gesta nacional, la forja de la nación, esquema al que se asociaban los otros corolarios de dicho discurso, los conceptos de “pueblo” y la acción de los “héroes”; construcción que, como ha sido mostrado recientemente, se volvió hegemónica en los países latinoamericanos y que tenía el sentido de unificar la historia de sociedades altamente diferenciadas étnica y socioeconómicamente, así como con amplios contrastes regionales. Era lógico esperar, sin embargo, que en los años siguientes, al igual que lo que ocurriera en la mayoría de los países latinoamericanos, esa visión del pasado fuera revisada en Paraguay, al compás del influjo de nuevas corrientes de pensamiento filosófico entre los historiadores, de una mayor profesionalización de la disciplina histórica y de nuevas formas de entender el oficio, su objeto, sus métodos. Más esto no se produjo. A partir del ascenso a la presidencia de Alfredo Stroessner, en 1954, y de la evolución de su régimen, se consolidó la tendencia de la *historia patriótica* y se promovió

una pedagogía nacionalista para su enseñanza, en cuyo transcurso se adoptó, incluso, la modalidad de *libro único*, a partir de una enunciación según la cual la *nación* paraguaya se había formado en la época colonial mediante una pacífica alianza entre los españoles y los guaraníes y en 1811 se había producido la independencia de manera incruenta. El país había transitado, luego, durante los gobiernos de Francia y de los dos López por una época llena de bienestar y de riqueza configurando un modelo de desarrollo autónomo en la América del Sur que fue brutalmente abortado por los Estados de la Triple Alianza. Este esquema y las acciones por parte del Estado configuraron, en el transcurso de los treinta y cinco años del gobierno de Stroessner, una cultura histórica poco abierta a las solicitudes procedentes de las denominadas *Nuevas Historias* que no tuvieron, salvo excepciones, recepción alguna en el país. Las pruebas disponibles demuestran que el contexto político definido por el *stronato*, el peso de gravedad que en la memoria colectiva mantenía la guerra de la Triple Alianza, las secuelas de la guerra del Chaco que enfrentó a ese país con Bolivia, entre 1932 y 1935 y el lento ritmo de profesionalización intervinieron para que el Paraguay se sustrajera de los impulsos renovadores puestos en marcha por el conjunto de investigadores dedicados a estudiar, en otros espacios latinoamericanos y europeos, los procesos de la independencia.

Asimismo, en razón de las circunstancias expuestas y, probablemente también, del fenómeno de la autocensura como un lastre del *stronato*, no se produjo aun el postergado debate entre nacionalismo e historia, lo que condiciona la persistencia de esa *historia patriótica*, reacia a la recepción de los avances empíricos que puedan suponer una revisión. Las consecuencias de esta situación, en el plano del estudio del proceso de la independencia es que el enfoque continúa siendo aquel según el cual la identidad, la existencia de la "nación paraguaya" fue la causa de la emancipación.

En definitiva, sobre la base de las pruebas disponibles es posible afirmar que, no obstante esos avances graduales, en lo que hace a los discursos históricos sobre el proceso de la independencia paraguaya es posible constatar una continuidad del denominado consenso historiográfico, produciéndose, en el caso de Paraguay, un asincronismo historiográfico respecto a la mayoría de los países latinoamericanos.



